

Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado, y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿Ó qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, ¡y nosotros á porfia

En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía

Las espigas del año y la hartura,

Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura

A las aguas del cielo y al arado,

Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado

El varon para el rayo de la guerra,

Para surcar el piélagosalado,

Para medir el orbe de la tierra,

Y el cerco donde el sol siempre camina?

¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerral

Esta nuestra porción, alta y divina,

A mayores acciones es llamada,

Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre solo es dada,

Sacra razón y pura me despierta,

De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría región dura y desierta

De aqueste pecho enciende nueva llama,

Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,

Y callado pasar entre la gente,

Que no afecto á los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,

Que maciza las torres de cien codos

Del cándido metal puro y luciente,

Apenas puede ya comprar los modos

Del pecar; la virtud es más barata,

Ella consigo misma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata

Por cuanto son los climas y los mares,

Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,

Un libro y un amigo, un sueño breve

Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe

Naturaleza al parco y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto
Que ponga la virtud en ejercicio,
Que aún esto fué difícil á Epiteto

Basta, al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto;
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea el alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duración de todo á su talento:

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal cénido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el prebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múricopreciado:

Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y huminoso.

¿Sin la templanza viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte, ven callada
Como sueles venir en la saeta!

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de ruñor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la virtud, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se rie de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro,
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

III.

SÁTIRAS.

JORGE PITILLAS.

No más, no más callar, ya no es posible;
Allá voy no me tengan; fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras que mil días ha que apaño,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el común y propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.

Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quisiera ser satírico Quijote
Contra todo escritor follón y aleve.
Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
 Serenar el furor que me arrebató;
 Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante más la turba ingrata
 De tanto necio, idiota presumido,
 Que vende plomo por preciosa plata?

¿Siempre he de oír no más? ¿No permitido
 Me ha de ser el causarles un mal rato,
 Por los muchos peores que he sufrido?

También yo soy el uso literato,
 Y sé decir *romboides*, *turbillonés*,
 Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones
 Y en famoso teatro arguí recio,
 Fiando mi razón de mis pulmones.

Sabes con cuánto afán busco y aprecio
 Un libro de edición *elzeviriana*
 Y le compro (aunque ayune) á todo precio.

También el árbol quise hacer de Diana,
 Mas faltóme la plata del conjuro,
 Aunque tenía vaso, nitro y gana.

Voy á la biblioteca, allí procuro
 Pedir libros que tengan mucho tomo,
 Con otros chicos de lenguaje oscuro

Apunto en un papel que pesa el plomo,
 Que Dioscórides fué grande herbolario,
 Según refiere *Wandenlarchk* el romo.

Y allego de noticias un almarío,
 Que pudieran muy bien, según su casta,
 Aumentar el *Mercurio Literario*.

Hablo francés aquello que me basta
 Para que no me entiendan, ni yo entienda,
 Y fermentar la castellana pasta.

Y aun por eso me *choca* la leyenda
 En que no arriba hallarse un *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruína, es célebre *pasaje*
 Para adornar una española *pieza*,

Aunque Galvan no entienda tal potaje.

¿Qué es esto Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Qué no me crees dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razón; de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo,
La práctica de tanto error y vicio
Es empero según te la he pintado,
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa
Para escribir sobre ella un gran tratado.

.....
Fijanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y halagüeño
Impreso en un papel azafanado
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.

Caen en la tentación los animales,
Ó aún los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean,
Al leer del fróntis el renglón postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.

.....
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pié y medio, que al Mecénas
Le dan en vez de inciensos, coscorrónes.

Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Aténas.

No ménos arrogante é inmodesto,
Pondera su proyecto abominable,

»

Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurridos
Formas un libro engerto en porra ó sable.

Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.

El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.

No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.

¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla bribón con ménos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.

Habla, como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesión de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

.....
¡Y á éstos respeta el Tajo! ¡A éstos venera
Manzanares y humilde los adora!

¡Oh ley del barbarismo agria y severa!

Preguntárasme, acaso, Lelio, ahora,
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas
Cuando hable *nominatim* de estos payos
Y les ponga el pellejo como cribas.

Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.

.....
En sus versos, *Lucilio* no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero;
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni Lelio adusto, ni Scipión severo,
Del poeta se ofenden, aunque majee

A *Metelo* y á *Lupo* en su mortero.

Cualquiera sabe, mas que sea paje,
Que *Horacio*, con su pelo y con su lana,
Satiriza el pazguato y el bardaje.

Y entre otros, á quien zurra la badana,
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Persio á todo un *Nerón* tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza,
A ser escarnecidos y afrentados.

Juvenal su labor así comienza,
Y á *Codro* el escritor nombra y censura
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No sólo la *Theseida* le es muy dura;
A *Télefo* y á *Oréstes* spiritado,
También á puros golpes los madura.

Con esto á sus autores hunde un lado,
Si á *Cluvieno* le quiebra una costilla,
Y una pierna á *Mathon* el abogado.

Con libertad, en fin, pura y sencilla,
Observa en toda su obra el mismo estilo
Nombrando, á cuantos lee la cartilla.

.

Ya ves cuan impetuosa sé derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre y no á la fama.

Y así, no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerzo el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Días há que con ceño nada escaso
 Hubiera desahogado el entresijo
 De las fatigas tétricas que paso.

Si tú, en tus cobardias siempre fijo,
 No hubieras conseguido reportarme;
 Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.

De aquí adelante pienso desquitarme;
 Tengo de hablar, y caiga el que cayere:
 En vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ú otro me dijere
 Que soy seinipagano y corta pala,
 Y que este empeño más persona quiere.

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
 La furia que me impele y que me ciega,
 Es la que el desempeño más señala;

Que aunque es mi musa principianta y lega,
 Para escribir contra hombres tan perversos,
 Si la naturaleza me lo niega,
 La misma indignación me hará hacer versos.

IV.

FÁBULAS.

D. TOMÁS DE IRIARTE.

Los dos conejos.

Por entre unas matas,
 Seguido de perros,
 (No diré corria)
 Volaba un conejo.

De su madriguera
 Salió un compañero,
 Y le dijo: «Tente,
 Amigo, ¿qué es esto?»

—Qué ha de ser? responde:

Sin aliento llego....

Dos picaros galgos

Me vienen siguiendo.

—Si, replica el otro,

Por allí los veo....

Pero no son galgos.

—¿Pues qué son?—Podencos.

—¿Qué? ¿podencos dices?

—Si, como mi abuelo.

—Galgos y muy galgos,

Bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya,

Que no entiendes de eso.

—Son galgos te digo.

—Digo que podencos.

En esta disputa

Llegando los perros

Pillan descuidados

À mis dos conejos.

Los que por cuestiones

De poco momento

Dejan lo que importa

Llévense este ejemplo.

D. FELIX Y MARIA SAMANIEGO.

Congreso de los ratones.

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio,
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fué padre universal de todo gato,
 Ha sido Miauragato
 Quien mas sangrientamente

Persiguió á la infeliz ratona gente.

Lo cierto es que, obligada
De su persecución la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.

Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparían de la muerte.

El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
—«Yo soy corto de vista.—Yo muy viejo.--
Yo gotoso—decían. El concejo
Se acabó como muchos en el mundo
Proponen un proyecto sin segundo,
Lo aprueban, hacen otro: ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecución? Ahí está el cuento:

(Fábulas.)

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

El juramento murmurador.

Señor, es fuerza que la sangre corra
(Dijo al León solicita la Zorra),
Sin cesar el estúpido jumento
De tí murmura con furor violento.
—¡Bah! (respondió la generosa fiera),
Déjale que rebuzne cuanto quiera;
Pecho se necesita bien mezquino
Para sentir injurias de pollino.

(Fábulas.)

D. RAMON DE GAMPOAMOR.

La col y la rosa.

Una col en un cercado
 Probaba á una rosa bella
 Que era tan buena como ella
 Y aún de una tierra mejor
 —Mas aunque de cuna iguales
 Dijo un pepino, ¡mastuerza!
 ¿Dejarás tú de ser *berza*,
 Mientras que ella es una *flor*?

(Fábulas.)

D. MANUEL DEL PALACIO.

El cerdo.

No hay chico que no lo embrome,
 Ni grande que lo tolere;
 Yo no sé si se le quiere,
 Pero sé que se le come.
 Suele en el fango vivir,
 Y allí lo van á buscar,
 Mas que por verlo engordar
 Por ayudarle á morir.
 Le llaman puerco y marrano,
 Y el mismo que lo moteja
 No perdona ni una oreja
 Cuando le viene á la mano.
 Por lo cual llegó á creer,

Y acaso estoy en lo cierto.
 Que solo después de muerto,
 Se le llega á comprender.
 Cultivando su afición
 A mascullar pergaminos,
 Viven sabios en montón
 Que imitan á los cochinos.
 Y algunas veces lo son.

P. CAYETANO FERNÁNDEZ.

El loro y el grillo.

Érase un loro maldito,
 Que se gloriaba de santo;
 Porque siempre era su canto
 El Santo-Dios y el bendito.
 «Calle el necio, y no eche plantas!
 (Dijo un grillo:) no te alabes;
 Pues si cantas lo que sabes,
 Nunca sabes lo que cantas.»
 Y tuvo razón el Bicho!
 Y aún sus tiros se enderezan
 A esos que rezan y rezan
 Sin saber lo que se han dicho.
*Que la cristiana oración
 Jamás se remonta al Cielo,
 Si no le prestan su vuelo
 La mente y el corazón.*

(Fábulas ascéticas.)

D. RAIMUNDO DE MIGUEL.

El ruiseñor y la rana.

Orilla de una fuente,
 Coronada de arbustos y de flores,
 Cantaba dulcemente
 Un jóven ruiseñor castos amores.
 «¡Preciosa melodía!
 (Metiéndose á censora le decia
 La Rana vocinglera) pero noto
 Que tu voz es muy débil para el soto;
 Y que á cierta distancia,
 Ni el lagarto que habita en los espinos,
 Ni el topo minador desde su estancia
 Podrán oír tus malogrados trinos.»
 —«Ni tu elogio me llena
 (Contesta el Ruiseñor) ni tu censura
 Me dá la menor pena:
 ¿Eres juez competente por ventura,
 Para que necia enmiendes
 O aplaudas en materia que no entiendes?
*No mires como agravio
 La censura imparcial del varón sábio;
 Mas si de ajarte trata
 Con menguada pasión el censor necio,
 Su crítica insensala
 Merézcate no más risa y desprecio.*

La raposa.

Miróse en un arroyo la Raposa,
 Por los perros un tiempo magullada,

Y al verse tan deforme y horrorosa
Exclamó convencida y resignada:
«Fea estoy, no lo niego, y mis primores
Honran muy poco á la vulpina casta;
Pero soy, pese á galgos y pastores,
Más lista que Briján, y esto me basta.
*Nunca vencidas cederán la palma
A las prendas del cuerpo las del alma.*

(Fábulas.)

II.

POESIA BUCÓLICA.

I.

IDILIO.

D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Al Sol.

Padre del universo,
Autor del claro día,
Brillante sol, á cuyo
Influjo la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
Del alba cristalina,
Te asomas en Oriente
A derramar el día
Por los profundos valles
Y por las altas cimas.

De cuyo reluciente
Carro las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la región vacía:

¡En hora buena vengas
De luces matutinas,
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría!

La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ahuyenta con tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.

El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas y los sustos,
Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros,
Y en pos del claro día
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.

Las horas transparentes,
De clara luz vestidas,
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.

O bien brillante salgas
Por las eolias cimas,
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas:

O ya el luciente carro

Con nuevo ardor dirijas
 Al reino austral, de donde
 Mas luz y fuego vibras:
 O, en fin, precipitado
 Sobre las cristalinas
 Occíduas aguas caigas
 Con luz más blanca y tibia:
 Tu rostro refulgente,
 Tu ardor, tu luz divina
 Del hombre serán siempre
 Consuelo y alegría.

II.

ÉGLOGAS.

FRANCISCO DE FIGUEROA.

Tirsi, pastor del más famoso río
 Que da tributo al Tajo; en la ribera
 Del glorioso sebeta, á Dafne amaba
 Con ardor tal, que fué mil veces visto
 Tendido en tierra en doloroso llanto
 Pasar la noche; y al nacer del día,
 Como suelen tornar otros del sueño
 Al ejercicio usado, así del llanto
 Tornar al llanto, y de una en otra pena
 Rompiendo el aire en semejantes voces:
 —Fiero dolor, que del profundo pecho
 De este tu propio antiguo usado nido
 Sacas tan abundante y larga vena,
 Afloja un poco ¡oh dolor fiero! Afloja,
 Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
 Que en mis ojos cuajadas hacen turbias

Mi débil vista, alguna parte enjuga.
 Porque con este hierro, que algún día
 Ha de dar fin á mi cansada vida,
 En este tronco escriba mis querellas:
 Do por ventura la engañosa Dafne,
 Tornando de la caza calurosa
 Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
 Vuelva acaso los ojos y los lea.

Ó si esto no, serán piadoso ejemplo
 Amorosos pastores..... Dafne ingrata,
 Que mientras vas con el sol nuevo alegre
 Del espacioso mar las bravas ondas
 Que crecen con mis lágrimas mirando,
 Ó en jardín deleitoso el manso viento,
 De cuidados de amor libre paseas;
 Tu Tirsi, ¡ay Dios! tu Tirsi un tiempo, yace
 Solo con su dolor en esta selva:
 Que ya ni el verde prado ofrezca sombra,
 Ni olor suave de diversas flores,
 Ni dulce murmurar de clara fuente
 Le es dulce ó cara sino al llanto solo.

¡Cuántos pastores, cuántas pastorcitas,
 Amorasas oyendo mis gemidos,
 Conmigo consolándome han llorado!
 ¡Qué me dijo una vez la blanca Alcea,
 Moviada á compasión! ¡Qué dijo Clori,
 La rubia Clori, amor de mil pastores!
 Que cuando yo cantando, ella vencida
 Del amor que me tiene entre estas ramas
 Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
 Dijo: ¡ay amargas voces, cuán impresas
 Os tiene el corazón! Hermoso Tirsi,
 De tus riberas no pequeña gloria,
 ¡Cuál estrella cruel, cuál fiera saña
 Te mueve contra tí? Tú mismo buscas
 Tu presto fin en tus mas tiernos años.....
 ¡No te ví, Tirsi, yo, ¡ah que bien debo
 Acordarme del día! en las solemnes

Bodas de Alcipe estar cual prado en Mayo
 De guirnaldas ganadas en mil pruebas
 Cercado en derredor ufano y lecho?
 ¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
 Á mi misma robarme? Á dónde es íla
 Tu gracia? ¿Á dónde la color del rostro?
 ¿Á dónde está la fuerza de tus ojos
 Amorosos ó airados? ¿Quién te tiene
 Parado tal, que si tu imágen viva,
 Desde aquel para mí cuitado dia,
 Esculpido en mi pecho no estuviera,
 Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
 Mira, cruel, que el justo amor debido
 A tu Clori tan mal en Dafne emplea.
 Mas asi va, son estos los misterios
 De la diosa cruel, reina de Cipro,
 Que desiguales ánimas y formas
 Se deleita enlazar con crudo yugo,
 Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
 Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato
 Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
 En Glauco no hay amor..... — Apenas pude
 Escuchar hasta aquí, que airado embisto,
 Y muy más dentro el corazón la dije:
 —«Huye, huye de mí, malvada Clori;
 No me fatigues más con farsas nuevas.»—
 Ella se fué, mas levantó primero
 Los ojos lagrimosos hácia el cielo,
 Y no sé si pidió de mí venganza.
 Pero bien se la doy, desde aquel hora
 Imaginando estoy el cómo sea
 Que por amor á Glauco, á Tirsi olvides.
 De secreta virtud pequeña hierba,
 No nace plarta en este prado ó valle
 De quien no tenga yo cierta noticia
 Y la sepa apropiar á sus efetos.
 ¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
 Contienda pastoril, que yo no fuese

Elegido juez por ambas partes?
 ¿Cuándo en fiesta quedé sin algún premio?
 Testigos son esta zampona y vaso,
 Y ese collar que cuelga de tus pechos
 Pues si versos se precian, ya te dieron
 Otro tiempo loor mis dulces versos.
 Mis ovejas, que van presas del lobo,
 ¿No te dieron un tiempo de sus pastos?
 ¿No te dieron mis huertos fruta y flores?
 ¿Por qué me ha de vencer pastor ¿genio;
 Y si no vil, que yo menos famoso?
 ¿En qué me excede Glauco? ¡Ah, Dafne ingrata;
 ¡Ah, Dafne desleal, perjura Dafne!
 ¿Por qué quiero esperar que venga á pasos
 Perezosos la muerte? Aunque está cerca,
 Yo quiero apresurarla.—En esto prueba
 Á levantarse; pero no sostienen
 Los piés débiles carga tan pesada.
 Torna á caer, y con dolor de verse
 Estorbar el morir, corre á la muerte,
 Perdiendo los espíritus vitales.
 Mas presto torna á su pesar la vida,
 Y torna juntamente el llanto amargo.

IV.

NOVELA.

D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

DEL CAPÍTULO 2.º

Que trata de la primera salida que hizo el ingenioso Hidalgo
Don Quijote de la Mancha.

Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la anchà y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel; (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: ¡dichosa edad, y siglo dichoso aquel á donde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Ó tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, com-

pañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plegaos, señora, desmembraros de este vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje: y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin que le aconteciera cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer esperiencia del valor de su fuerte brazo.

(D. Quijote de la Mancha.)

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

TRATADO VI.

Cómo Lázaro se asentó con un capellán y lo que con él pasó.

Después de esto asenté con un maestro de pintar pañeros para molille los colores y también sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalón que yo subí para venir á alcanzar buena vida; daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustán viejo, y

un sayo raído de manga trenzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije á mi amo que se tomase su asno, que no queria más seguir aquel oficio.

TRATADO VII.

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él.

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco vivi con él, por parecerme oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraídos, y á mi amo, que esperó, trataron mal: mas á mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el día de hoy yo vivo y resido al servicio de Dios y de vuestra merced; y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar á los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Háme sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Torme no entiende on ello, hacen cuenta de no sacar provecho

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de S. Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced,

porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella y hasta ahora no estoy arrepentido.

(Lazarillo de Tormes.)

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Cómo y por qué fué recogida.

No se le olvidaban á Andrés, con las glorias las memorias. Había prometido á Silda ver al padre Apolinar al volver de San Martín; y para cumplir su promesa, dejó el camino derecho que llevaba, un poco después del mediodía, por detrás del Muelle, y se dirigió á la calle de la Mar, atravesando una galería de los Mercados de la Plaza Nueva.

Sentada en el primer peldaño de la escalera del padre Apolinar, halló á Silda muy entretenida en atarse, al extremo de su trenza de pelo rubio, un galón de seda de color de rosa. Tan corta era la trenza todavía, que después de pasada por encima del hombro izquierdo, apenas le sobraba lo necesario para que los ojos alcanzaran á presidir las operaciones de las manos; así es que éstas, y la trenza y el galón y la barbilla, contraída para no estorbar la visual de los ojos entornados, formaban un revoltijo tan confuso, que Andrés no supo, de pronto, de qué se trataba allí.

—Qué haces?—preguntó á Silda en cuanto reparó en ella.

—Ponerme esta cinta en el pelo,—respondió la niña, mostrándosela extendida.

—¿Quién te la dió?

—La compramos con el cuarto que le echastes á Muergo. Él quería pitos, y Sula caramelos; pero yo quise está cinta que había en una tienda de pasiegas, y la compré. Después me vine á esperarte aquí para saber *eso*,

—¿Está en casa pae Polinar?

—No me he cansado en preguntarlo, —respondió Silda con la mayor frescura.

—¿Vaya, contra—dijo Andrés, puesto en jarras delante de la niña, dando una patadita en el suelo y meneando el cuerpo á uno y otro lado.—Pues ¿á quién le importa más que á tí?

—¿No quedemos en que subirías tú, y yo te esperaría en el portal? Pues ya te estoy esperando; pues sube cuanto antes.

Andrés comenzó á subir de dos en dos los escalones. Cuando ya iba cerca del primer descanso, le llamó Silda y le dijo:

—Si pae Polinar quiere que vuelva á casa de la Sargüeta, dile que primero me tiro á la mar.

—¡Recontra!—gritó desde arriba Andrés.—¿Por qué no se lo dijiste á él cuando estuvimos en su casa antes?

—Porque no me acordé,—respondió Silda de mala gana, entretenida de nuevo en la tarea de poner el lazo de color de rosa en su trenza de pelo rubio.

No habría trascurrido medio cuarto de hora, cuando ya estaba Andrés de vuelta en el portal.

—Estuvo en casa de tío Mocejón—dijo á Silda, medio jadeando todavía,—y de por poco no le matan las mujeres.—¿Lo ves?—exclamó Silda, mirándole con firmeza.—¡Si son muy malas!..... ¡pero muy malas!

—Te van á llevar á una buena casa, continuó Andrés en tono muy ponderativo.

—¿A cuál?—preguntó Silda.

—A la de unos tios de Muergo.

—¿Cómo se llaman?

—Tio Mechelín y tia Sidora.

—¿Los de la Bodega?

—Creo que sí.

—Y ¿esos son tios de Muergo?

—Por lo visto.

—Buenas personas son..... Pero ¡están tan cerca de los otros!

—Dice pae Polinar que no hay cuidado por eso.

—Y ¿cuándo voy?

—Ahora mismo bajará él para llevarte. Yo me marcho á casa á esperar á mi padre que desembarcará luego, si no ha desembarcado ya. . . ¡Contra, qué bien entraba la *Montañesa!*..... ¡Lo que te perdistes! . . . ¡Más de mil personas habia mirándola desde San Martín!..... Adios, Silda: ya te veré.

—Adios,—respondió secamente la niña, mientras Andrés salia del portal y tomaba la calle á todo correr.

Bajó pronto Fray Apolinar, pero antes de que Silda le viera, ya le habia oido murmurar, entre golpe y golpe de sus anchos pies sobre los escalones.

—¡Cuerno del hinojo con la chiquilla!—decía al bajar el último tramo de la escalera.—¡Muy tumbada á la bartóla, como si no la importara un pito lo que á mí me está haciendo sudar sangre!.. .. Corra usted medio pueblo en busca de ella para que se averigüe que no ha ido á San Martín, sino que la han visto en la Puntida con dos raqueros... . vuélvase usted á casa, y fáltele el apétito para comer la triste puchera de cada día, y díganle á lo mejor que lo que busca y no halla, y por no hallarlo se apura, lo tiene en el portal rato hace, sin penas ni cuidados ¡Cuerno con el moco estel.. .. ¿Por qué no has subido, chafandina?

—Porque esperaba á Andrés que era quien habia de subir.

—¡Habia de subir!..... Y ¿quién es la que está á la intemperie de Dios, y necesitada de un mendrugo de pan y de una familia honrada que se le dé con un poco de amor? ¿No eres tú?..... Y siéndolo, ¿á quién le importa más que á ti subir á mi casa y preguntarme: pae Polinar, qué hay de eso?..... ¡Moco, más que moco!..... Vamos, deja ese moño de cuerno, y vente conmigo.

Mientras caminaban los dos hacia la calle Alta, pae Polinar iba poniendo en los casos á la chiquilla. Entre otras cosas la dijo:

—Y ahora que has encontrado lo que no mereces, poca bibria y mucha humildad.... Se acabó la Maruca y se acabó el Muelle-Anaos..... porque si das motivo para que te echen

de esa casa, pae Polinar no ha de cansarse en buscarte otra. ¿Lo entiendes? Tu padre bueno era; tu madre no era peor; conmigo se confesaban. Pues tan buenas ó mejores que ellos son las personas que te van á recoger..... De modo que si sales mala, será porque quieres serlo, ó lo tengas en el cuajo..... Pero conmigo no cuentes para enderezar lo que se tuerza por tus maldades..... ¡cuerno! que harto crucificado me veo por ser tan á menudo redentor... Porque ¡mira que lo de esta mañana! Y escucha á propósito de eso: iremos por Rua-Menor á la cuesta del Hospital. En cuanto lleguemos al alto de ella, te asomas á la esquina con mucho cuidado, y miras, sin que te vean, á la casa de la Sargüeta. Si hay alguno asomado al balcón, te echas atrás y me lo dices; si no hay nadie, pasa: de una carreruca á la otra acera; yo te sigo; y pegados los dos á las casas, y á buen andar, nos metemos en la de Mechelin que nos estará esperando..... ¿Entiendes bien? .. Pues pica ahora.

No sospechaba Silda que se quisieran tomar tantas precauciones por lo que al mismo fray Apolinar interesaban: pues no tenia otra noticia que la muy lacónica que le habia dado Andrés de lo que le habia ocurrido en casa de Mocejón; pero como á ella le importaba mucho pasar sin ser vista, cuando llegó el momento oportuno cumplió el encargo del fraile con una escrupulosidad solo comparable al terror que la infundan las mujeres del quinto piso; y no hallándose estas en el balcón ni en todo lo que alcanzaba á verse de la calle, atravesáronla como dos exhalaciones el exclaustrado y la niña y se colaron en la bodega del tio Mechelin, cuya mujer *barciaba* la olla en aquel instante para comer, creyendo, pues era ya muy corrida la una de la tarde, que Silda no pareceria tan pronto como habia creido el padre Apolinar.

No podía llegar la huéspedada más á tiempo. Recorrió serenamente con la vista cuanto en la casa habia al alcance de ella, y se sentó impávida en el escabel que le ofreció con cariño tia Sidora, delante del otro sobre el cual humeaba el potaje dentro de una fuente honda, muy arrancada de color, y algo cuarteada y deslucida de barniz, por

